

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL

HOMENAJE A CAPMANY

EN EL II CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1742-1942)

CONFERENCIA

LEÍDA POR MANUEL DE MONTOLÍU

Y

CATÁLOGO
DE LA EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA



BARCELONA, 1945

EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL

BAJO LA INSPECCIÓN DE LA DIRECCIÓN GENERAL DE ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

CALLE DEL CARMEN, n.º 47
B A R C E L O N A

Teléfonos { 17086 Dirección
14639 General

HORAS DE SERVICIO PÚBLICO:

De 10 a 2 mañana y de 3 a 8 tarde
todos los días laborables (los lunes,
de 3 a 8 de la tarde).

BIBLIOTECA CENTRAL

Sala general de lectura.
Sala de revistas.
Servicio de préstamo a sus lectores.
Servicio de préstamo entre Bibliotecas Públicas.
Servicio de Información bibliográfica.

Secciones especiales

Bibliografía española de Italia (Colección Toda).
Cervantina (Colección Bonsoms).
Clásicos griegos y latinos.
Raros (impresos de los siglos XVI, XVII y XVIII).
Bibliografía de mosén Jacinto Verdaguer.
Ediciones del Kempis (Colección Janer).
Libros de Ajedrez (Colección Paluzie).
Bibliografía de San Juan de la Cruz (Colección Soler).
Incunables.
Grabados, mapas y planos.
Hemeroteca antigua.
Manuscritos. Documentos. (Archivo de la Junta de Comercio.)
Música. (Colecciones Carreras, Pedrell, Pena, etc.).

Fondos monográficos especializados en Historia y lengua catalanas, bibliografía de diversos países hispánicos (Países Bajos, Filipinas, etc.), regiones de la antigua Corona de Aragón, etc., etc.

FU-7-30

DEPARTAMENT D'INSTRUCCIÓ I CIÈNCIES
BIBLIOTECA CENTRAL

HOMENAJE A CAPMANY

EN EL 2. CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1812-1912)

HOMENAJE A CAPMANY

CONFERENCIA

DE DON MANUEL DE MONTOLIÚ

CATÁLOGO

DE LA EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA



R. 805

BARCELONA, 1912

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL

HOMENAJE A CAPMANY

EN EL II CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1742-1942)

CONFERENCIA

LEÍDA POR MANUEL DE MONTOLÍU

Y

CATÁLOGO

DE LA EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA



R. 8.015

BARCELONA, 1945

BIBLIOTECA CENTRAL
DIPUTACION PROVINCIAL DE BARCELONA

HOMENAJE A CAPMANY

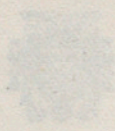
EN EL II CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

CONFERENCIA

LECTURA POR MANUEL DE MONTOLIU

7

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA



BARCELONA 1915

Casa Provincial de Caridad
Imprenta · Escuela



Antonio de Capmany

A stylized, cursive signature in black ink, appearing to be 'A. Capmany', written below the printed name.

Capmany, humanista

CONFERENCIA DE D. MANUEL DE MONTOLIÚ
de la Real Academia de Buenas Letras, de Barcelona,

LEÍDA CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN
CELEBRADA EN LA BIBLIOTECA CENTRAL
DE BARCELONA, DEL SEGUNDO CEN-
TENARIO DEL NACIMIENTO DEL ESCRITOR
D. ANTONIO DE CAPMANY Y DE MONTPALAU

Capmany, humanista

CONFERENCIA DE D. MANUEL DE MONTOLIU
de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona

LEIDA CON NOTAS DE LA COMMISSION
CELEBRADA EN LA BIBLIOTECA CENTRAL
DE BARCELONA, DEL SEGURO CEN-
TENARIO DEL YACIMIENTO DEL CRISTO
D. ANTONIO DE FABRANY Y DE MONTOLIU

Gracias al celo con que atiende el prestigio de la Institución que tiene a su cargo el Director de la Biblioteca Central, mi querido amigo y compañero don Felipe Mateu y Llopis, ha podido celebrarse con la debida solemnidad el segundo centenario del nacimiento del hoy tan olvidado escritor don Antonio de Capmany y de Montpalau, al que todos los españoles, en particular los barceloneses, debíamos el tributo de una digna conmemoración. Esta exposición de sus obras, organizada en esta sala de nuestra Biblioteca provincial con tanto acierto, y hoy esta sesión de la Real Academia de Buenas Letras en honor del insigne patricio y escritor, atestigua que todavía somos sensibles a los deberes que nos impone el reconocimiento y la gratitud hacia los hijos de nuestra ciudad que en el pasado han enaltecido su nombre con los frutos de un talento excepcional y un esfuerzo perseverante.

Congratulémonos de que estos actos de homenaje hayan venido oportunamente a impedir que en esta ocasión se perpetúe la triste fama que tenemos los españoles, de ser olvidadizos de nuestras glorias, o, cuando menos, poco celosos de ellas; fama que data, por cierto, de muy antiguo, cuando vemos que ya en el siglo XVI el eximio humanista Ambrosio de Morales se lamentaba del «extraño hastío que sienten por sus cosas los españoles».

Antonio de Capmany lleva encarnado en su obra el espíritu del siglo XVIII. Toda ella está impregnada de aquella insaciable curiosidad intelectual, de aquel afán de erudición, de aquella pasión por la historia que distinguen a la cultura setecentista de la clásica y humanista del siglo anterior. Si el espíritu del siglo XVIII

está integrado por tres factores esenciales, que son: el sentido histórico, el sentido crítico y el sentido enciclopédico, habremos de concluir que la obra de Capmany, en la que tan intensamente resplandecen esos tres sentidos, es un producto genuino de aquel siglo.

Bastará el simple enunciado de los títulos de sus obras principales para que os convenzáis de cuán profundamente llevan ellas grabado este triple sello característico del espíritu dieciochesco.

- 1776. Discursos analíticos sobre la formación y perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular.
- 1776. Filosofía de la Elocuencia (obra que salió considerablemente corregida y aumentada en la edición de Londres de 1812).
- 1779. Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona.
- 1786. Compendio histórico de los soberanos de Europa.
- 1786. Antiguos tratados de paces y alianzas ante algunos reyes de Aragón y diferentes príncipes infieles del África y del Asia.
- 1786-1794. Teatro histórico-crítico de la elocuencia española.
- 1792. Vida del falso profeta Mahoma.
- 1805. Diccionario francés-español.
- 1808. Centinela contra franceses.
- 1810. Centinela de la Patria.

(Otras obras inéditas de Capmany se hallan anotadas en el estudio que consagró a nuestro escritor Milá y Fontanals.)

No me propongo tratar en esta conferencia de los tan numerosos y variados aspectos de la personalidad y de su obra. El carácter enciclopédico de su talento — tan fiel es este punto al espíritu de su siglo — llevó a Capmany a cultivar con igual empeño los campos de la historia, de la filología, de la preceptiva literaria, de la economía política y, finalmente, del periodismo, éste al servicio de la patria amenazada por la invasión napoleónica.

A pesar de esta gran dispersión de su talento, podemos, sin embargo, afirmar que los campos donde dejó profundamente gra-

bada la huella de su actividad intelectual fueron las de la historia política y económica, la filología y la preceptiva e historia literaria.

Pero aun simplificando de este modo el campo de sus actividades, resulta difícil, o a lo menos de gran compromiso, que la personalidad polifacética de Capmany encuentre, para ser debidamente estudiada, una persona con igual competencia en campos hoy tan divididos por la especialización de los estudios modernos.

No dudo, por esta razón, que me perdonaréis que hoy sólo os hable de los aspectos de la personalidad y de la obra del escritor barcelonés que entran en el cuadro de mis estudios y guardan relación con mi competencia intelectual.

Sus escritos sobre filología, sobre preceptiva literaria y sobre historia de la literatura, escritos en los que campea de un modo singular su agudo y castigado sentido crítico, serán únicamente el objeto de mi atención en esta conferencia. Y creo que con ello habré estudiado el aspecto central, el mismo nervio vital de su enciclopédico talento. Esta es la razón por la que he puesto a mi conferencia el título de *Capmany humanista*; porque, indiscutiblemente, las disciplinas en las que brilló principalmente su actividad son por excelencia las que integraban las clásicas humanidades.

La importancia capital que en el conjunto de su obra tienen los estudios que hizo sobre la lengua literaria, fué ya taxativamente reconocida por Manuel Milá y Fontanals, de quien son estas palabras: «Filólogo, humanista, economista, historiador, es Capmany, a no dudarlo, el más completo escritor de que en los tiempos modernos puede gloriarse nuestro principado. Vió ejecutados todos sus proyectos, y sus facultades se desarrollaron en todas las direcciones posibles. Púedese principalmente distinguir, en el cúmulo de sus trabajos, al filólogo, al humanista y al economista historiador. Si entre las vocaciones de Capmany debiéramos averiguar cuál era la más decidida, señalaríamos la de filólogo, por la cual alcanzó, según el aserto de Alcalá Galiano, tan distinguido lugar y merecida fama en el orbe literario.»

Antes de abordar el examen de las dos obras en las que Capmany dió muestras sobresalientes de su gran vocación filológica, hemos de detenernos un momento para dilucidar una cuestión que

ha merecido juicios algo diferentes de las autoridades que han estudiado la obra de nuestro escritor.

Se ha dicho y sostenido que Capmany había figurado en los principios de su carrera literaria en las filas de los galófilos, de aquellos enamorados incondicionales de todo lo francés que tan lamentablemente contribuyeron en nuestro siglo XVIII al descrédito de la tradición genuina de la cultura española en todos los campos intelectuales, y de un modo particular en el de la lengua y literatura. Según esta versión, Capmany sufrió, durante su vida intelectual, una evolución tan radical, que no había medio de conciliar el exagerado afrancesamiento que respiran sus primeras producciones filológicas, con el entusiasmo, exaltado hasta el fanatismo, que le inspiraron la lengua y la literatura de su patria en las obras de su edad madura y con el desdén o la poca simpatía que manifiesta en ellas hacia la lengua y la literatura francesa, en general; entusiasmo por lo nuestro, animadversión hacia lo extranjero que culminaron en forma verdaderamente estrepitosa en su célebre libelo *Centinela contra franceses*, con el que él contribuyó, impelido por el más ardiente patriotismo, en los campos de batalla de la cultura, a atizar la llama del justificadísimo odio del pueblo español contra las fuerzas invasoras de Bonaparte.

Ha sido Menéndez y Pelayo, precisamente, el que ha dado la versión más extremada de la evolución de Capmany. Así leemos en *Ideas estéticas*:

«El Capmany de los primeros años de nuestro siglo era un hombre nuevo que muy poco conservaba del primitivo Capmany de 1776 y 1777. Nadie se ha impugnado tan fieramente a sí mismo. Comenzó por ser adorador de la cultura francesa, y galicista empedernido y campeón del neologismo; y acabó llevando hasta los límites de la pasión y de la manía el culto de la lengua. En los *Discursos analíticos sobre la formación y perfección de las lenguas, y sobre la castellana en particular* (1776), o en la primera edición de la *Filosofía de la Elocuencia* (1777), lejos de hacer alarde alguna de purismo, admira "la noble libertad de algunos traductores en valerse de ciertos rasgos brillantes y expresivos de otra lengua para hermopear la nuestra"; y se queja de la imperfección y esterilidad del castellano para expresar las nuevas ideas y descubrimientos; del sentido vago

de las palabras, "que es una de las causas de nuestra ignorancia y de nuestros errores"; de las abstracciones escolásticas que han infectado el lenguaje, etc., etc., felicitándose, por último, de que llegado el siglo de la razón, restablecidos los derechos de la humanidad, anatomizado el espíritu humano y disipado el imperio de la fantasía y de las preocupaciones, haya tomado la lengua nuevo lastre y un *vuelo sublime* en manos de los imitadores de Francia.»

«¡Cuánto hubiera dado Capmany — exclama Menéndez y Pelayo — por borrar tales páginas en su edad madura! Pero a lo menos hizo todo lo que pudo por desacreditarlas, desatándose en invectivas contra la lengua francesa y contra el gusto y estilo de sus escritores en las *Observaciones críticas sobre las excelencias de la lengua castellana*, que preceden al *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española* y hasta en ciertas páginas curiosas de su famoso libelo *Centinela contra franceses*.»

Sin embargo, hay que rectificar algo este juicio del maestro Menéndez y Pelayo, el cual tomó pie en las palabras que acabamos de citar, tomadas de una de sus obras de juventud, para calificarlo de galófilo o afrancesado.

Más justo, en mi sentir, estuvo Milá al juzgar esta posición de Capmany al principio de su carrera. De Milá son las siguientes palabras:

«En su primera obra, *Discurso analítico sobre la formación y perfección de la lengua, y sobre la castellana en particular* (1776), en la parte que versa sobre el particular origen de la lengua castellana da ya muestras del talento investigador y analítico que le valió tan íntimo conocimiento de la índole y los recursos del idioma nacional. En esta obra no se muestra Capmany todavía el escrupuloso purista de algunos años más tarde, antes bien, atribuye la mejora que se iba notando en la lengua, escrita a las nuevas buenas traducciones del francés.»

Así pues, las manifestaciones de Capmany se ciñen al terreno filológico y no justifican de ningún modo la leyenda que se ha perpetuado sobre el pretendido afrancesamiento de Capmany en materia de lengua al principio de su carrera, pues aunque atribuye cierta participación del progreso del castellano escrito en su tiempo a la influencia, en parte beneficiosa, de las traducciones del francés, no

hemos de olvidar que en el siguiente año 1777 publicó su *Arte de traducir el idioma francés*, en cuyo prefacio no se lee ninguna apología de la lengua francesa ni su correspondiente condenación de la española, obra verdaderamente magistral, que no ha sido superada aún en tiempos modernos por ninguna otra de su clase, y que, aun hoy, es de utilísima consulta, no sólo para los traductores, sino para todos los que anhelan escribir bien el español.

Para completar esta obra compuso un diccionario francés-español, en el cual trabajó seis años. Recomendamos a los filólogos de hoy la consulta del luminoso cotejo que en el prólogo de este diccionario hace de la riqueza de la lengua española con la de la francesa.

Dos son las obras de Capmany en las que brilla de un modo singular su gran vocación filológica y que nos obligan a señalarle como uno de los más destacados precursores de una ciencia, como la de la Filología, que no había de alcanzar su completo desarrollo hasta mediados del siglo XIX.

Estas dos obras, de las que voy a tratar con alguna extensión, son la *Filosofía de la Elocuencia* y el *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*.

La *Filosofía de la Elocuencia* viene a ser un detallado examen analítico de las formas oratorias.

Trata de sacar partido, según observa Menéndez y Pelayo, de algunos aforismos estéticos que tienen singular analogía con el sentido dominante en Hutchesson y en los primeros filósofos de la escuela escocesa, «por la cual siempre y en todas sus evoluciones han demostrado no simulada simpatía los pensadores catalanes». Y no hay duda que la obra de Capmany está informada de *psicologismos*.

«El alma — dice Capmany — debe considerar en lo que la deleita o sorprende la razón a causa de lo que siente, y entonces los progresos de este examen acrisolan y perfeccionan lo que llamamos *gusto*.»

Opinaba, con los partidarios del sistema de la depuración y selección, que la perfecta belleza se debe sacar de distintos modelos, por ser imposible concebir un solo individuo en todo extremo perfecto.

A la *grandeza* y a la *verdad* atribuía el más exquisito deleite de la obra artística, no alejándose mucho en esto de Crousaz, de Muratori ni de Luzán; y por eso daba, como ellos, al orador, al

poeta, el consejo de elegir asuntos nobles y dignos, grandes e interesantes a los hombres, desdeñando la insípida locuacidad y la vana pompa de las palabras, sin perderse tampoco en generalidades vagas y lugares comunes.

Las facultades estéticas o creadoras de la obra artística eran para Capmany tres: la *sabiduría*, la *imaginación* y el *gusto*.

Entendía por *sabiduría* «el discernimiento para elegir lo mejor y el recto sentido y el liberal raciocinio».

Definía la *imaginación* estética «combinación o reunión nueva de imágenes que correspondan o se conformen con el afecto que queremos excitar en las demás». Opinaba Capmany, de modo semejante al P. Feijóo, que «los antiguos no habían agotado todos los manantiales de la imaginación, porque se pueden dar tantas y tan diversas formas a las pinturas de la naturaleza, como a los caracteres de imprenta».

Capmany no distingue con bastante precisión lo que llama *sabiduría* de lo que llama *gusto*, palabra con la cual quiere expresar «el recto juicio de lo perfecto o imperfecto en todas las artes», esto es, un juicio espontáneo, no un verdadero y racional conocimiento.

El *gusto* educado por el hábito y la reflexión llega a convertirse en *buen gusto*.

Pero Capmany no cree que sea posible encontrar la ley o norma general del *gusto*, aplicable a todas las artes, a todos los tiempos, a todas las necesidades.

«Muchas cosas — dice — hay en las artes y disciplinas que no caben debajo de preceptos ni reglas ni dechados, ni pueden ser enseñadas, ni aun se les puede a veces dar nombre propio; las cuales alcanzarán los hombres de alto ingenio, feliz imaginación y larga memoria.»

Este criterio, que atenta contra la rigidez de las normas de la estética neoclásica vigente entonces en España, es del todo coincidente con el relativismo estético de Feijóo.

Capmany cree, como éste, que algo hay en el proceso creador de la obra artística, irreductible al análisis y a cualquier norma fija.

Para Feijóo y Capmany, tanto en la obra del arte como en el origen del proceso creador del artista, hay un *no sé qué*, un misterio

que nos atrae y nos hechiza y que resiste a todo intento de explicación racional.

Si Menéndez y Pelayo ha calificado el célebre ensayo de Feijóo sobre *El no sé qué* de verdadero manifiesto romántico, el mismo carácter de anticipado y de precursor hemos de atribuir a nuestro Capmany por las ideas con que trata de completar el resultado del análisis que acaba de hacer de las facultades estéticas creadoras.

Confiesa, en efecto, que el concurso de aquellas tres facultades no basta para producir o crear la obra de arte. Lo que falta después de ellas es algo superior, un poder misterioso, una facultad inefable, que él llama *numen* o *ingenio* y que, en el fondo, es lo mismo que Feijóo bautizó con el nombre de *no sé qué*.

Oigamos como Capmany nos habla de este misterio inexcrutable que yace en el fondo de toda obra de arte, y antes en el fondo de la acción creadora del artista :

«Ingenio significa aquella virtud del ánimo y natural disposición nacida con nosotros mismos y no adquirida por arte o industria, la cual nos hace hábiles para empresas extraordinarias y para el descubrimiento de cosas altas y secretas.»

A esta virtud la llama Capmany, con lenguaje platónico, *lumbre celeste*, y el que carezca de ella no podrá pasar de imitador más o menos perfecto de las obras de otro.

Unas veces llama a esa virtud *demonio socrático* ; otras, *luz misteriosa y oculta que endiosa la mente humana, algo extraña* al artista, que lo domina y enseñoera y le hace producir maravillas casi sin conciencia de ellas ; *algo de divino*, que se manifiesta principalmente en la originalidad de la invención y en la creación de formas vivas.

En fin, Capmany, según observa Menéndez y Pelayo, habla de esta especie de numen con tales ponderaciones casi místicas, que, ciertamente, asombran en su siglo y en su pluma, y no desentonarían en la del más ferviente y entusiasta de los iniciados en los misterios de Plotino.

He aquí, pues, una interesante faceta de la personalidad de Capmany que parece estar en contradicción con el rigor positivista de su orientación filológica, con el racionalismo de sus métodos de investigación histórica. Así, si por un lado los trabajos gramati-

cales de Capmany, basados en el estudio comparativo, son ya un anuncio de los métodos de la lingüística comparada del siglo XIX y su actividad filológica de preceptista literario representa el comienzo de la corriente que producirá en el siglo siguiente toda una serie de Antologías y Colecciones de los autores clásicos españoles; por otro lado, el aspecto de su estética que acabamos de examinar, le coloca entre las contadas figuras españolas de insubordinados y rebeldes a las normas de la estética neoclásica dominante en su tiempo y nos lo presenta como uno de los casos más interesantes del preromanticismo del siglo XVIII español.

Ya veremos, al examinar el valor de su obra *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española*, cómo todos estos valientes conceptos sobre el misterio inviolable de la creación artística están en perfecta correspondencia con el anticipado aprecio en que tiene al alma popular, como creadora de grandes e insuperables aciertos de expresión.

La *Filosofía de la Elocuencia* fué publicada por primera vez en 1777. Su texto es bastante diferente, no sólo por su extensión, sino por su texto y sus ideas, de la misma obra editada años más tarde, en 1812, en Londres.

Sobre el valor de este libro de Capmany, escribió Milá y Fontanals estas atinadas consideraciones: «Ni la primera edición ni la segunda nos parecen de todo punto satisfactorias, pues si la primera es algo seca y desabrida, la segunda peca por redundante y excesivamente retocada; por otra parte, abunda en observaciones, en ejemplos y aun en tratados enteros, en las cuales hay mucho que aprender». Hasta aquí Milá.

Ello no obstante, en la *Filosofía de la Elocuencia*, de Capmany, tenemos la primera seria manifestación de la escuela catalana de preceptiva literaria, de la que formó parte el mismo Milá y, después, Coll y Vehí, y es muy probable que uno y otro tuvieran en cuenta, en sus tratados sobre la materia, la obra anterior del escritor barcelonés.

Pasemos ahora a examinar el *Tratado histórico-crítico de la Elocuencia española*, que es, indiscutiblemente, la obra maestra de Capmany.

«Colecciones como el *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española* — dice Menéndez y Pelayo —, no podían menos de volver

su antigua popularidad a las letras castellanas, que comenzaban a ser estudio único y razonado de muchos.»

Nació esta notable obra en medio de un ambiente favorable a la reivindicación de la literatura y de la lengua española, que tanto había tenido que sufrir de los ataques y de los desdenes de los galófilos, que en España eran legión. En tiempo de la edad madura de Capmany se había despertado en muchos círculos de la opinión ilustrada de España un vivo interés por nuestra antigua literatura, sobre todo la de la Edad de Oro. Indicio de este despertar fué una de las más ambiciosas empresas literarias que se proyectaron en aquel entonces; la *Historia literaria de España*, vastísima colección de textos y estudios que planearon los PP. Mohedanos, según unas normas análogas a las que antes siguieron en Francia los Maurinos al fundar la *Histoire littéraire de la France*, que tuvo mejor suerte y más larga vida que la empresa española. De ésta se publicaron solamente los diez primeros volúmenes (de 1776 a 1791), no pasando en su revisión histórica de nuestra literatura más allá de Lucano.

No menos elocuentemente revelaban el interés que empezaba a despertar nuestra antigua literatura, las diferentes compilaciones y antologías que se publicaron en el mismo período de la publicación del *Teatro histórico-crítico*, y además la *Biblioteca Hispana Vetus*, de Nicolás Antonio; *La Biblioteca Española*, de Rodríguez de Castro, y otras muchas bibliografías paralelas, ya de provincias, como la de Ximeno Latassa, y otras publicaciones eruditas, como la tan notable de Tomás Antonio Sánchez, en que se publicaron por primera vez las obras de varios poetas anteriores al siglo xv, en cuatro tomos, desde 1779 a 1790.

Que la obra maestra de Capmany, como humanista y crítico literario, es indiscutiblemente su *Teatro histórico crítico*, lo afirmó ya categóricamente el maestro Milá, quien opina que ésta parece una obra mucho más perfecta y acabada que la *Filosofía de la Elocuencia*.

«Esta obra — dice Milá — es fruto de un esfuerzo extraordinario de investigación bibliográfica, de clasificación literaria y de atentísima lectura y, además, el resultado feliz de un gusto depuradísimo, en lo que concierne a la lengua.»

Positivamente, esta obra de Capmany es la primera antología de prosistas españoles que se publicó en España.

Nadie como Milá ha ponderado con tanta precisión el justo valor de este memorable monumento de la erudición y de la crítica española.

Las palabras en que este gran maestro expresa su juicio me excusarán de intentar exponer el mío, coincidente del todo con lo que Milá escribió en tan pocas como substanciosas líneas.

«Parece — dice — que siente dejar desapercibida la menor de aquellas bellezas, pues cuando no puede transcribir una página, extracta un período, y cuando el período no es bastante igual, indica una expresión o una sentencia. Algún vacío podría notarse, sin duda, y es muy natural que haya alguno en obra de tanto empeño, emprendida en un tiempo en que tan atrasados se hallaban los estudios de este ramo de nuestra literatura. Así, por ejemplo, anduvo algo escaso en lo tocante a los autores del siglo xv; acaso alguna de las mejores páginas copiadas pudiera substituir otra mejor; pero bien se puede desafiar a cualquiera a que en el mismo espacio incluya la misma suma de bellezas. Añádase a esto las nutridas biografías, los excelentes prólogos, los juicios tan cuerdamente formados como briosamente escritos, las comparaciones entre los estilos de los diversos escritores, que descubren un tacto finísimo y como un conocimiento microscópico de los secretos de la expresión, y cabrá afirmar a ciencia cierta que es el *Teatro histórico-crítico* una obra tan útil como bella y que debiera ser el manual de cuantos en nuestra patria se dedican al arte de escribir y a las profesiones liberales.» Hasta aquí Milá.

La gran erudición literaria de Capmany hizo posible, en aquellos remotos tiempos, la composición de una antología de carácter tan moderno como ésta, para la cual necesitó, como él mismo nos dice, una *paciencia alemana*.

De todas las excelencias que recomiendan el *Teatro histórico-crítico*, la más sobresaliente, sin duda, es la del gusto castigadísimo que presidió en su composición.

En aquellos tiempos en que tan grande era la confusión reinante entre nuestros eruditos sobre el valor estético de los clásicos españoles, sorprende de veras encontrar un criterio, por lo general tan

seguro y acertado como el que presidió en la elección de los autores, de las obras y de los fragmentos que figuran en esta Antología.

El juicio que la personalidad literaria de Capmany merece a Piferrer tiene un valor definitivo. En pocas y concisas palabras abarca toda la amplitud de sus variadísimos talentos, y cada aspecto de su obra arranca de la pluma del malogrado autor de *Recuerdos y bellezas de España* un comentario, en el que el elogio surge espontáneamente de la misma profunda comprensión de las características del escritor juzgado.

«Literato juicioso — escribe Piferrer —, consumado hablista, historiador diligente, anticuario, geógrafo y economista, en todos estos géneros dejó testimonios de cuán alto sonaría su nombre si a uno de ellos hubiese aplicado aquellas facultades suyas.» Es cierto lo que dice Piferrer, porque si algún defecto puede hallarse en la obra de Capmany es la dispersión a la que condenó sus grandes facultades de crítico e investigador. Pero Capmany vivió en unos tiempos en que el atraso general, en el que todas las disciplinas intelectuales de cuño moderno estaban en España, era para un hombre de tan múltiples aptitudes como él una tentación irresistible a lanzarse al placer embriagador de abrir nuevas sendas y señalar nuevos rumbos a la actividad intelectual de su nación.

Esto es lo que hace resaltar con singular relieve Piferrer, cuando escribe : «Nadie le ha seguido todavía por las nuevas vías que abrió en la historia civil y en el estudio de la lengua ; antes cuantos por ellas han de internarse, caminan sobre sus mismas huellas.» Y, en efecto, añadiré : la historia y la filología, ésta en sus ramas de la Retórica y Preceptiva y de la historia de la lengua, fueron los campos donde más esplendorosamente brilló el vigor de su talento.

«Sus *Memorias históricas de la antigua marina y comercio de Barcelona* — sigue diciendo Piferrer — son todavía una de las raras obras completas y especiales de esta época, y su *Teatro histórico-crítico de la Elocuencia española* ha sido el despertador de la afición a los antiguos y de su estudio, y es, asimismo, el fundamento de cuanto se comprende sobre esta materia.»

De sus meritísimos trabajos sobre la lengua y la literatura española, opina Piferrer que pocos han alcanzado a conocer tan a fondo su idioma nativo, ni a ser como él autoridad en esta materia.

Piferrer adivinó en este juicio con certera intuición la misión de precursor que el destino había asignado a don Antonio de Capmany. Piferrer vivió en tiempos aun demasiado cercanos a aquél para ver hecha realidad positiva lo que él presentía. ¿Cómo no lo había de sentir él, que fué uno de los primeros en seguir las huellas de su precursor por las nuevas vías por ésta abiertas y exploradas?

De las obras históricas de Capmany, principalmente de sus *Memorias de la antigua marina de Barcelona*, arranca precisamente la nueva escuela de los historiadores catalanes a los que se debe el renacimiento de la historiografía en Cataluña, y entre los cuales habían de brillar inmediatamente los nombres de Próspero de Bofarull y del mismo Pablo Piferrer, junto con los de José M.^a Quadrado, Grau y Codina, Vives y Cerdá, Antonio de Bofarull, Tió y Noé, etc.

Lo mismo acontece en el campo de la filología y de la preceptiva literaria. Su *Filosofía de la Elocuencia* es una obra meritísima, a pesar de lo anticuado de los moldes en que está concebida, porque constituye un esfuerzo muchas veces logrado de aplicar la tradicional disciplina de la Preceptiva escolástica a los escritores modernos; y es en este olvidado libro de Capmany, como ya he dicho, donde todavía tomarán pie Milá y Fontanals y Coll y Vehí — los dos más ilustres representantes de la Preceptiva literaria en Cataluña — en sus respectivos tratados sobre la materia.

Pero volvamos al *Teatro histórico-crítico*. Méritos semejantes y aun superiores hemos de asignar a esta obra, no sólo por su extenso y luminoso prefacio, magnífica exposición doctrinal de los fundamentos filosóficos de la estética literaria, sino, además, y de un modo especial, por la vasta y bien seleccionada antología de antiguos escritores españoles, que forma el cuerpo principal de la obra.

Esta notable antología que es contemporánea de las de Francisco Mariano Nipho, del Padre Estala y de Juan José López Sedano y, evidentemente, superior a todas ellas, e inmediatamente anterior a la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, de Böhl de Faber, constituye el anuncio de la próxima aparición de las primeras colecciones monumentales rigurosamente seleccionadas de los clásicos españoles, como la tan excelente de prosistas españoles de Pablo Piferrer, y el precedente inmediato de la primera empresa de este género conce-

bida en vastas proporciones y ejecutada con método riguroso y siguiendo un plan sabiamente madurado: la gran *Biblioteca de Autores Españoles*, que es uno de los más legítimos timbres de gloria literaria de Buenaventura Carlos Arribau. Así pues, fueron tres ilustres escritores catalanes los que asentaron con sus iniciativas los fundamentos de las grandes colecciones modernas de clásicos españoles.

Sería interesante aquilatar el mérito de todas las primeras antologías de clásicos castellanos contemporáneas y establecer, por comparación, el que debe atribuirse el *Teatro histórico-crítico* de nuestro Capmany. No he tenido tiempo bastante para realizar este interesante cotejo. Pero si nos hemos de atener a los juicios siempre tan objetivos de Menéndez y Pelayo, me atrevo a aventurar la afirmación de que todas las ventajas serían a favor de la antología de Capmany. De la de Nipho, dice el gran maestro, que «su gusto no era muy de fiar». Del *Parnaso español*, de Sedano, dice el mismo Menéndez y Pelayo, que al comenzar a publicarlo en 1768, «aun no sabía a punto fijo lo que iba a incluir en él, y tuvo que confiarse a merced de la fortuna, sin adoptar orden cronológico ni de materias, ni otro alguno, ni siquiera el de poner juntas las producciones de un mismo autor». Y añade aún: «asombra la candidez con que el bueno de Sedano se cree obligado a colmar de elogios por igual a todas las piezas que incluye, alabando en el mismo tono una oda de Herrera, una epístola de Bartolomé de Argensola..., que la detestable prosa rimada del *Poema de los Inventores de las cosas*». La antología del Padre Estala merece el respeto de Menéndez y Pelayo, pero sólo en cuanto se refiere a los seis primeros tomos de la colección, los únicos coleccionados por el erudito escolapio, pues en los catorce restantes, hasta el número 20, intervinieron manos muy diversas, no todas igualmente doctas.

La *Antología poética*, de Quintana, en cinco tomos, es juzgada favorablemente por Menéndez y Pelayo; pero éste reconoce la desventaja en que estaba Quintana, «de no ser erudito de profesión ni muy curioso de libros antiguos, y a esto puede atribuirse la omisión de ciertos autores y de géneros enteros de nuestra poesía».

El resultado del cotejo no dudamos, volvemos a decir, que sería favorable al *Teatro histórico-crítico*, el cual, como antología, tiene el innegable mérito de ser el primer ensayo de una colección antológica

de prosistas españoles. Todas las restantes que acabamos de examinar, contemporáneas de la de Capmany, son antologías de poetas.

Los juicios que preceden a la selección de los fragmentos de las obras de los autores elegidos abundan en aciertos definitivos. Mérito extraordinario, si tenemos en cuenta el gran atraso en que se hallaba en aquella época el conocimiento de nuestra producción literaria medieval y de numerosas obras maestras del Siglo de Oro, en aquel entonces, o bien desconocidas, o bien imperfectamente conocidas.

En las *Observaciones preliminares del Teatro histórico-crítico*, traza Capmany en sus líneas fundamentales la primera Apología documentada de la lengua española, que se ha escrito. Poco hay que añadir a esas páginas magistrales en que con una erudición, asombrosa en aquellos tiempos, aduce Capmany los testimonios más elocuentes de la admiración y aprecio en que era tenida la lengua española en el período de su máximo esplendor.

En estas *Observaciones críticas* encontramos, además, uno de los primeros y más acertados esbozos de Gramática histórica del español antiguo comparado con el moderno; esbozo este en que no se estudia solamente la fonética, sino, además, la morfología, la formación de las palabras y la semántica. Y hallamos también en estas páginas el primer esbozo, que aparece en España, de una Historia de nuestra lengua literaria.

Uno de los rasgos más notables y originales del método crítico que aplica Capmany al estudio del estilo de los escritores es el que consiste en escoger de entre las obras de cada uno aquellas frases y modos de decir más características y personales. Método de hacer definir el escritor por sí mismo, que raras veces aplican los críticos literarios al examen del estilo de los escritores. Método sencillo, al parecer, pero que requiere unos dones de penetración y de intuición crítica nada comunes. Capmany es maestro en ese arte de *hacer cantar* a los mismos escritores en los momentos más felices de su expresión. El crítico se limita entonces a callar y señalar. «¿Queréis saber qué clase de talento es el de ese o aquel escritor?», viene a preguntar Capmany a los lectores. «¿Queréis ver hasta su misma entraña el nexa vital de la unión entre su pensar y sentir y su palabra? Pues, escuchad.» Y a continuación enebra una serie de frases feli-

ces, tomadas aquí y allá de las obras del autor, formando así pequeñas antologías fraseológicas dentro de la Antología general, y el lector ve ante sí brillar y palpitar el alma del escritor en estas "autoinstantáneas", que han recogido toda la esencia vital de su fisonomía íntima y lo más profundo de su personalidad. Valdría la pena que este método crítico tan sencillo, pero tan intenso en sus resultados, ensayado por Capmany, fuese aplicado sistemáticamente por la crítica literaria. En mi modesta esfera yo lo he aplicado. Pero confieso que aun se podría obtener más positivos resultados de su aplicación en los modernos estudios de Estilística.

¡Cómo resalta la personalidad del escritor genial que había en Fray Luis de Granada, reproduciendo simplemente estas frases, que, junto con otras, cita Capmany en su magnífico estudio del célebre escritor!

«Blandamente se allanan las grandes ondas del mar en la arena, que con gran ruido suenan y baten en las altas peñas» — «Oh dulcísimo amador de las almas limpias.» — «Oh dulcedumbre mía santa; esperanza mía segura; caridad mía perfecta; vida mía eterna; alegría y bienaventuranza mía perdurable», etc.

Una de las páginas más importantes, una página que por sí sola acredita la potencia crítica de nuestro escritor, es la que en su *Teatro histórico-crítico* dedica a la comparación del estilo de Fray Luis de Granada con el de Fray Luis de León. Con Capmany empieza a ser esta comparación entre estos dos geniales prosistas un tema obligado en la historia crítica de nuestra literatura, que ha pasado de mano en mano de nuestros historiadores literarios hasta nuestros días.

Capmany, con un estilo escueto, yo diría de sabor matemático, traza esta comparación, en la que me atrevo a afirmar está contenido en germen todo cuanto de certero se ha escrito después de él sobre este tema.

«La celebrada armonía del maestro León — dice Capmany —, y mayormente su número, está más en la construcción gramatical que en la forma oratoria; es a saber, este número se halla en la estructura particular de la frase; mas no en la composición y complemento del período... Por lo que puedo juzgar, en general, de la prosa del

maestro León, hallo que sus pensamientos son menos vagos y comunes que los del maestro Granada y, ciertamente, más poéticos. Sus símiles son más propios y expresivos, las comparaciones más nobles y adecuadas y los contrastes estriban más en las ideas que en las palabras. En la elocución tiene más nervio y originalidad que Granada; pero tiene menos redondez, grandiosidad y dulzura. Sus pinceladas tienen más colorido y sombras más fuertes, bien que no tanta corrección y asiento. En la grandeza y alteza de ideas son iguales; pero León respira más fuego y menos artificio retórico. Sublime es también éste como Granada, pero más en las imágenes que en los sentimientos. Y como Granada exhortaba, persuadía y reprehendía en sus escritos, por esto va derecho al corazón del lector; y ésta es la causa de tener más unción, sobre todo en lo patético, que no pertenece al género de escribir ni a los asuntos de León. Este podía no sentir tanto como Granada; pero pintaba con más vigor lo que sentía; y así hablaba más a los sentidos, porque se servía más de su imaginación rica y fecunda. Por último, he advertido que la pluma de Granada era más suelta, más ejercitada, y su estilo más fácil y suave; pues el esmero particular que confiesa el mismo León que puso en la medida, peso y examen de cada palabra, se había de sentir después. Sin embargo..., sólo Granada fué creador de la armonía y elegancia castellana».

Este juicio comparativo del estilo de los dos Luises sólo ha sido superado por el paralelo que entre los dos grandes escritores trazó años más tarde nuestro Pablo Piferrer, el cual no hizo otra cosa que completar y puntualizar el cotejo realizado por su antecesor.

Vale la pena que extractemos esta página de oro del gran escritor romántico barcelonés, porque en el juicio de Capmany, completado por aquél, tenemos el fundamento definitivo de cuanto se ha escrito posteriormente hasta hoy sobre el tan interesante juego de analogías y contrastes que ofrecen en sus estilos éstos Cástor y Polux de la prosa española del Siglo de Oro, que brillan como una de las más bellas constelaciones en el cielo de nuestra literatura. Todos los que han escrito hasta ahora no hacen, efectivamente, otra cosa que repetir substancialmente con variantes lo que dejaren definitivamente establecido los dos grandes críticos y humanistas catalanes.

Escribe Piferrer: «Primeramente, el carácter dominante del

maestro Granada es la declamación, tal vez efecto... de lo que fué el fin constante y jamás descuidado de su vida ; por medio de la declamación mueve la piedad, el arrepentimiento, la misericordia, etc. Por esto, en mi sentir, sus obras son de gran provecho a la oratoria, y en particular a la sagrada... ; pocas veces dejan ellas de emplear el tono oratorio, esto es, de dirigir la palabra al lector o al cristiano. El maestro León, al contrario, casi siempre desarrolla sus pensamientos en prosa verdaderamente escrita, no hablada... ; es más verdadero prosista, esto es, más regular, más castigado, más sosegado, y para decirlo en una palabra, más escritor. Además de esta diferencia, que me parece la más esencial y característica, resaltan en el estilo de entrambos otras secundarias... Granada poseía un cabal conocimiento del corazón humano ; y como forzado a desdoblar todos sus pliegues y a levantar la cubierta de todas las miserias, su manera de decir es más positiva y metódica..., y más clara. El alma entusiasta y dulcísima de León traía los ojos apartados de estas miserias y clavados en la verdad purísima, en la beatitud que más allá se descubría ; por esto es más ideal, más abstracto, más levantado y más sostenido en su prosa..., más poeta. Si Granada ora enumera, ora describe, o ya pinta los objetos, León siempre los siente... y le basta un rasgo, una frase para revelar cómo con ellos se identifica. Esto es de ver mayormente en lo que dice relación con la vida del campo ; pues como si sus bellezas y atractivos hablasen a su alma, las interpreta con una verdad entrañable. Y así no en balde dijo él..., en los *Nombres de Cristo* : "Algunos hay a quien la vista del campo enmudece, y debe de ser condición de espíritus de entendimiento profundo ; más yo, como los pájaros, en viendo lo verde, deseo cantar o hablar." En suma — sigue diciendo Piferrer —, en pureza de lenguaje corren parejas ; pero la prosa de León es más limpia, más armoniosa, más correcta y más elegante... Y aun creo que por esta corrección, por este mayor sostenimiento del estilo, las obras de León se leen sin cansancio del uno al otro cabo ; cuando ni las mismas de Granada se pueden leer sin ciertas pausas, ni con igual interés en todos los pasajes... Acierta Capmany cuando observa que la prosa de León tiene "un sabor de antigüedad lleno de majestad y grandeza".» Hasta aquí Piferrer.

El objeto concreto que se propuso Capmany al escribir el *Teatro*

histórico-crítico fué hacer un estudio sistemático de «los primores» de la lengua española a base de grandes modelos de prosa literaria entresacados de las obras de nuestros escritores de los siglos XVI y XVII.

Fué a su tiempo una novedad obra semejante. Con plena conciencia de ella escribe Capmany en el *Discurso preliminar*: «Ignoro si esta obra se ha deseado; pero estoy bien seguro que nadie la ha prometido, y mucho menos emprendido. Ésta será, no sólo la historia crítica del estilo de cada siglo, y la del gusto y carácter de sus diversos escritores, sino la de la misma lengua.»

He aquí, pues, el primer auténtico tratado de Estilística sobre los escritores españoles que ha aparecido en nuestra Patria. ¡El primer tratado de Estilística; de esta disciplina filológica que hoy se pretende presentar como una novedad, pero que no lo es, si atendemos a obras como ésta de Antonio de Capmany, y a otras que se concibieron bajo su estímulo en la España del siglo XIX, entre las cuales destacan las luminosas páginas que dedicó Piferrer al estudio del estilo de los grandes prosistas españoles en el prefacio de su Antología! Lo que ha sucedido es que esos estudios de estilística tan felizmente inaugurados por la gran capacidad crítica de Capmany en España, fueron olvidados y arrinconados durante un largo período; y hemos tenido que esperar, como en tantas otras disciplinas, que fuesen los extranjeros — en este caso especialmente los alemanes — los que renovasen con nuevos métodos y nuevas orientaciones una rama de la filología que había nacido llena de vigor y rica de esperanzas en nuestro propio suelo.

La posición que adopta nuestro Capmany, puesto en el trance de escoger entre nuestros escritores los modelos que le han de servir de base para sus juicios acerca de sus estilos y para su doctrina estilística, en general, no puede ser más ponderada.

Hijo de su siglo, tiene plena conciencia de los deberes que impone la función crítica y tiene desde el principio gran cuidado en afinar escrupulosamente la balanza de sus juicios, poniéndose en guardia contra sus instintivas preferencias personales y, al mismo tiempo, como él mismo escribe, contra «los desmedidos e injustos elogios que se han prodigado a muchos de nuestros escritores ciega y desatinadamente, con el fin de defender a la nación; como si ésta se

pudiese defender ofendiendo a la verdad.» Y pregunta a continuación: «¿Quién les ha dicho que todos nuestros autores son dignos de alabanza, ni que todas las obras que escribieron los más célebres les han dado esta celebridad, ni que en la obra de mayor mérito es su estilo lo de más valor, ni que todos los pasajes son, por su estilo, de igual estimación?»

¡Qué contraste el que presenta este criterio austeramente objetivo e imparcial con el que presidió en todas las Antologías contemporáneas, de Nipho, de Sedano, de Estala, hasta del mismo Quintana, en las cuales, o bien la ligereza y la frivolidad del colector convierte la Antología en un verdadero cajón de sastre; o bien su apasionamiento y parcialidad por una determinada escuela transforma el florilegio en un verdadero baluarte levantado y pertrechado para la defensa de determinados ideales y orientaciones!

El solo proyecto de presentar una Antología de prosistas constituye en la de Capmany una novedad que no dejaba de ser audaz en su tiempo. En efecto, las restantes Antologías del siglo XVIII son de poetas. Así lo hace presente Capmany en su *Discurso preliminar* y explica el hecho por la decadencia en que yacía la prosa española de su tiempo. Es interesante la demostración que hace de su aserto, basado en un hecho ocurrido en aquel entonces. De los dos premios ofrecidos por la Real Academia Española en los tres últimos años a la mejor composición de poesía y de prosa, el primer premio se adjudicó siempre a autores distintos, mientras que el segundo no pudo ser adjudicado por no haberse presentado ningún trabajo digno de él.

En el *Discurso preliminar* menudean los chispazos críticos de su autor. Éste quiere abrir nuevas vías al estudio del estilo y, para conseguirlo, rompe valientemente con la rutina heredada de una tradición crítica que se contentaba con vaguedades retóricas, y de unos eruditos que creían apurar sus juicios ensartando los más campanudos y pedantes epítetos delante de los nombres de nuestros más notables escritores. «Con decir fanfarronamente, escribe Capmany: nuestro Cicerón español Fr. Luis de Granada; nuestro moderno Salustio Don Diego de Mendoza, hemos concluído el argumento y creído ganar la victoria; pero yo he querido abandonar el rumbo trillado y común... y tomar el espinoso y prolijo trabajo

de formar antes el examen del estilo que su panegírico.» ¡Qué recio temperamento crítico el de nuestro Capmany!

Estima nuestro escritor que para emprender una obra como la que se ha propuesto, son indispensables dos cualidades, «cuya reunión en un mismo sujeto es muy rara», y son: la primera, un profundo ejercicio y estudio en la lectura de nuestros antiguos escritores; y la segunda, un desprendimiento de aquella supersticiosa predilección tan común a su favor. Y Capmany cuenta, a renglón seguido, que un sujeto, leyendo una vez a Homero con intento de pasar una raya por debajo de los pasajes excelentes que encontrase, vino a rayar, al fin, todas las obras. Y observa Capmany atinadamente: «Este crítico lector poco podía gloriarse de conocer los verdaderos primores de Homero, ni el poeta de tener semejante admirador.» Y añade sentenciosamente: «Vituperarlo todo puede ser malignidad; pero alabarlo todo no puede ser otra cosa que necesidad.» Fiel a esta norma de objetiva serenidad, Capmany, en el juicio de las obras que precede a la selección de sus pasajes, pone en el ponderar las gracias, las excelencias y los momentos felices del estilo de cada uno el mismo interés que en el descubrir los defectos de su estilo, y los desaciertos y lunares de su arte expresivo. Y esto era también una gran novedad en aquellos tiempos.

Capmany, al echar una ojeada al conjunto de las obras de nuestros prosistas de la Edad de Oro, se entretiene en analizar los defectos que en general se notan en sus escritos, debido a causas del ambiente social e intelectual de su tiempo, y a ciertas reliquias de la tradición medieval que no se habían desarraigado todavía en los escritores españoles del siglo XVI. Es en esta parte de su discurso donde encontraríamos los lados débiles del talento crítico de nuestro escritor. Él, tan fieramente independiente, se muestra en esta parte de su discurso excesivamente influido por el odio a la Edad Media que turbaba el buen juicio de muchos grandes escritores de aquel siglo, tan orgulloso y tan pagado de sí mismo, de la Enciclopedia.

El criterio académico y neoclasicista del siglo XVIII asoma — ¿quién puede extrañarse de ello? — de vez en cuando en el *Discurso preliminar*. Así sucede cuando Capmany trata de justificar el criterio que le ha determinado a prescindir de muchas de las obras:

anteriores al siglo XVI, que un gusto más afinado y más comprensivo, y un conocimiento y apreciación más fundamentados nos presentan hoy como obras maestras y, por consiguiente, dignas de ser erigidas en modelos ante los escritores de todas las épocas. Las prevenciones antigóticas, antimedievalistas, dictadas por el espíritu innovador del 700, hacen decir a Capmany que «todo lo que he trasladado de las épocas anteriores al siglo XVI más pertenece a la historia de la lengua... y es un curioso alarde del estilo de cada siglo más que un dechado digno de imitación». Y no falta en estas consideraciones la alusión, obligada en toda la crítica dieciochesca, a «las voces ásperas», a la «tosquedad primitiva» propia de los engendros de aquellos siglos faltos de las luces de la era de la ilustración y del progreso. Pero sería absurdo exigir en aquellos tiempos una comprensión mayor de las gracias y de los hechizos, hoy tan reconocidos, de la lengua «tosca y ruda» de un *Cantar de Mío Cid*, de un romance viejo, de un Berceo, y hasta de una *Celestina* y de un *Amadís*, tan cercanos ya a la época de esplendor de la lengua española. Aun así, nos sorprende agradablemente nuestro tratadista cuando cae en la debilidad de reconocer «la amable sencillez, a pesar de acompañarla alguna vez cierta especie de rusticidad», que él ha descubierto en estos vetustos monumentos de la lengua española.

Verificado este examen rápido y superficial de la producción medieval de nuestra literatura, pasa Capmany a trazar en rasgos brillantes la Edad de Oro, que divide en tres períodos, correspondientes a los tres reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. «Fernando el Católico — escribe Capmany — crió los grandes ingenios, Carlos los alimentó, y Felipe, su hijo, cogió los frutos sazonados de todo género de doctrina y sabiduría.»

No pasó desapercibido a la penetración crítica de Capmany el cambio radical de gusto y orientación estética que empezó a dejarse sentir en el ambiente literario durante el reinado de Felipe IV. La Edad del Barroco, como decimos hoy, fué perfectamente delimitada por él con otras designaciones y con criterios justos, aunque parciales. A la «sencillez y gravedad» del período anterior, opone la «delicadeza y brillantez» dominantes en el estilo del siglo XVII. El conceptismo y el culteranismo, aun no fijados en la nomenclatura técnica de la historia literaria del tiempo de Capmany, son seña-

lados certeramente por éste mediante una serie de síntomas positivos y ciertos. «Afectación de adornos», «estilo obscuro y fantástico», «abuso del ingenio humano», «propensión a la exageración», «afán de descubrir nuevas sendas» a la expresión, «predominio de la imaginación sobre la razón», en fin, «mal gusto», tales son las fórmulas de que se sirve para definir y valorar eso tan enormemente complejo que hoy pretendemos encerrar y expresar en la palabra barroco.

Hasta qué punto percibieron a su modo los demás tratadistas del siglo XVIII la distinción entre la literatura española del Renacimiento y la del Barroco, es cuestión que no ha sido estudiada y creo que es digna de que lo fuese. En todo caso, puede asegurarse que fueron muy contados, y Capmany tuvo clara percepción de aquella evolución del gusto, aunque no tuvo a su disposición suficientes elementos para definirla y precisarla. Sin embargo, estuvo bien cerca de descubrir el secreto del movimiento culterano y conceptista al hacer hincapié en una nota distintiva de esencia psíquica y subjetiva que hoy mismo no se ha puesto aún suficientemente de relieve al lado de las notas de carácter social y colectivo, político y religioso, intelectual y cultural con que se suele explicar el arte y la literatura del Barroco por los modernos tratadistas.

Hablando de los escritores del siglo XVII, contaminados de las nuevas corrientes, escribe Capmany estas agudas observaciones: «Toda esta extrañeza es fácil de comprender si consideramos que los que empiezan a cultivar un arte... conocen más el fin que los medios, y queriéndolo alcanzar, traspasan los verdaderos límites; y, así, cuando se proponen un grande pensamiento, creen no poderlo conseguir sino abultándolo. El arte de ceñirse o estrecharse es muy difícil; y no es dado a todos el excitar la admiración o el deleite no presentando más que lo que la cosa es en sí realmente.» Y a continuación hace Capmany esta consideración, no sólo importante, sino de carácter definitivo: «Parece que los escritores de aquel tiempo no buscaban el modo de expresar lo que sentían y lo que pensaban, sino el modo de asombrar y sorprender a sus lectores. Por esto añadían siempre pensamientos extraños al pensamiento principal; y de ahí vino que todo lo desfiguraban y ningún objeto presentaban tal como en sí era.»

Esta nota psicológica del barroco, señalada por Capmany, es precisamente la que en nuestros días ha servido a Vossler para caracterizar el estilo de la escuela italiana del poeta Marini, coincidente en tantos puntos con la de nuestro Góngora. Hace notar Vossler que desde entonces la lengua poética italiana muestra la tendencia a abandonar la correcta uniformidad del estilo y a buscar lo sorprendente e insólito de la expresión. Y añade Vossler: «El mismo Marini expresó con palabras muy justas este ideal:» Y cita estos versos:

*È del poeta il fin la maraviglia:
Parlo del eccellente e non del goffo;
Chi non sà far stupir, vada alla striglia.*

Este pasaje del *Discurso preliminar*, sobre la literatura del siglo XVII, contiene aún otra consideración de gran interés en la que puede claramente rastrearse la influencia que empezaba ya a ejercer en España la doctrina de Rousseau († 1778), sobre la conveniencia del retorno a la naturaleza y de la corrupción que había traído consigo la civilización al alejar al hombre de aquella fuente perenne de salud y de dicha. Esta doctrina es la que esgrime Capmany como último argumento contra los culteranos y los conceptistas: «En las expresiones o razonamientos de los salvajes — observa Capmany — nunca se advierte este mal gusto; porque siguen sólo los movimientos de su alma, sin reglas ni formas, ni artificio que embaracen, detengan o compongan la voz de la naturaleza. Pero en una nación civilizada, cuando llega el talento a corromperse por el lujo, la adulación, el temor y otros vicios, la vanidad y el deseo de añadir algo a cada pensamiento para aumentar la impresión natural que debe causar, estragan el gusto en todas las producciones del entendimiento humano, y más en el lenguaje, que desde aquel punto pierde toda su pureza y sencillez.»

* * *

Pero con ser excelente todo lo que del *Discurso preliminar* acabamos de comentar, aun queda algo más importante que lo hasta ahora examinado, algo que levanta la figura de Capmany a una altura superior a la alcanzada por los demás filólogos y preceptistas españoles de su época; algo que nos fuerza a declarar que Capmany

se superó a sí mismo y se colocó entre los precursores de la nueva sensibilidad y de la nueva estética del Romanticismo, que en aquella fecha en que él escribía empezaba sólo a alborear en tierras de Alemania.

Hay en el *Discurso preliminar* un capítulo titulado *Del natural ingenio de los españoles*, que demuestra que la personalidad de Capmany no queda totalmente definida por su adhesión o su fidelidad al espíritu del siglo XVIII; un capítulo que le sitúa por encima y más allá de su siglo, porque las ideas en que está inspirado están reñidas con el presente y parecen efluvios anticipados de la floración de un próximo futuro; un capítulo que podría constituir una excelente pieza de convicción para demostrar que toda revolución en la esfera del mundo espiritual viene largamente preparada por una previa difusión de gérmenes impalpables e imponderables, dotados de un enorme poder de penetración, los cuales, captados por los espíritus de más fina sensibilidad de la época, preparan lenta y ocultamente el camino al gran cambio venidero.

Para hacernos ver cómo Capmany sabía adelantarse a su tiempo y emanciparse en sus momentos de videncia, de la esclavitud de las normas intelectuales de su siglo, lo mejor será que os lea los más característicos pasajes de ese curioso y original capítulo sobre *El natural ingenio de los españoles*, que no vacilo en presentar como la perla del *Discurso preliminar* de su *Teatro histórico-crítico*.

«Un eminente talento nativo ha sido siempre el patrimonio de los españoles..., fortuna que no tiene que envidiar a ningún país. Si bien reflexionamos sobre esta disposición o aptitud natural, ¿quién podrá negar esta excelencia y ventaja a la nación española?... Cuando todos nuestros libros no nos suministrasen armas para sostener esta arrogante proposición..., bastarían las copiosas colecciones que se pueden formar de las cosas grandes, sublimes y graciosas que nuestro pueblo, nuestro obscuro y festivo vulgo, derrama y ha derramado en todos tiempos, con la desgracia de que ni la escritura ni la tradición los hayan conservado; bastarían, vuelvo a decir, quizá para tapan la boca a los vivos y a los muertos de las demás naciones antiguas y modernas, que tanto han encarecido sus nobles sentencias y agudos dichos.

»... Dejo, pues, el cargo... de defender a nuestra literatura a

plumas más graves y más bien cortadas que la mía... Faltaba una obra no menos esencial [que esta Antología de nuestros grandes escritores] para completar el plan de mi empresa... y es la colección de nuestra elocuencia popular, de la elocuencia no escrita, de la facundia nativa de los españoles; digámoslo mejor, de la elocuencia de los españoles en el estado natural... Esto fuera defender la nación; lo demás es defender sus libros, que no es lo mismo.

»... A la verdad, ¡qué rara fecundidad en la nativa invención de nuestro pueblo! ¡Qué imaginación tan vasta, tan ardiente, tan feliz! ¡Qué vehemencia en el sentir! ¡Qué prontitud y calor en el concebir! ¡Y qué facilidad, gallardía, brío y donaire en el producir lo que siente y concibe!... Cuando el ingenio y la imaginación... se estragan con el arte, que es decir se rebelan contra la razón, ésta fuera mejor buscarla en la choza y en la aldea, donde tuvo su primera morada. Allí se conserva rústica, pero siempre limpia y pura en su primitiva lumbre.

»... Podría yo formar un grueso volumen de dichos y expresiones sublimes, producidos con gracia, sal y fineza, no por las plumas de poetas, oradores, filósofos ni historiadores, sino por las mal acepilladas lenguas de pastores, gañanes, arrieros y otros hombres de esta laya, que acostumbramos llamar gente zafia y soez. Si cuando yo hallaba mis delicias y mi propia confusión en oírlos, hubiese tenido la curiosidad de anotarlos, poseería ahora una rica colección más apreciable que los apotegmas de los vanos sofistas, en la cual se reconocerían el genio, luces y discreción de la nación, mejor que en la mayor parte de sus libros.

»... La falta de esta colección no la puedo reparar buscándola en las Bibliotecas, en las Academias, en las Universidades, ni en las aulas de retórica; sino en los cortijos, en las ventas, en las cabrerizas, en los mesones, entre los segadores, en los cuarteles, en las playas, volviendo a oír los mismos dichos u otros semejantes... En tales escuelas es necesario recogerlos; allí es donde se oyen cosas y pensamientos originales que no están en los libros ni se aprendieron por los libros; son partos, tan pronto arrojados como engendrados, de cerebros sanos y delicados... Si Cervantes no hubiera respirado los aires australes y bebido las aguas del Betis, bien podría haber concebido su *Don Quijote*, inventado su preciosa fábula

y adornándola con buenos racionios ; pero la sal, la gracia, el chiste con que sazona sus cuentos y abre las ganas de comer a los lectores, o no se hallarían, o se hallarían derramados con avarienta mano. Las flores con que matiza su agradable diálogo no las cogió en ningún florilegio ; le nacían entre las manos en los huertos de la Macarena y de Triana, y en sus peregrinaciones soldadescas... Vuelvo a decir que de la gente que acá no saben leer ni escribir, que es decir, de los que nunca hablan de pensado, se podrían hacer tomos más instructivos que de nuestros retóricos... La ciencia de una nación se podrá hallar en los escritores, en los profesores, en los que la gobiernan y rigen ; pero el carácter original de su talento se ha de buscar en el pueblo, porque sólo en él la razón y las costumbres son constantes, uniformes y comunes.»

Y a continuación cita Capmany unos cuantos dichos oídos por él de labios de gentes humildes del pueblo, dichos de notable agudeza de pensamiento o de la fuerza más penetrante de observación o del más atrevido y expresivo metaforismo, y los analiza y los comenta magistralmente con la misma detención y con el mismo interés que si se tratase de pasajes propuestos para modelos, escogidos de los textos de autores clásicos.

¿Quién diría que estas páginas de oro brotaron de la pluma de un empingorotado literato — o para decirlo a la francesa, como empezó a decirse en aquel siglo — de la pluma de un *hombre de letras* del siglo XVIII? Sólo otro escritor español de este siglo hubiera podido suscribir y escribir estos conceptos tan antagónicos al espíritu libresco y pedantesco del siglo de la Enciclopedia, como los que acabamos de reproducir : Juan Pablo Forner, aquel gran escritor independiente que motejó a su siglo de «siglo de ensayos, siglo de diccionarios, siglo de diarios, siglo de impiedad, siglo hablador, siglo charlatán, siglo ostentador», en vez de los pomposos títulos, como observa Menéndez y Pelayo, «siglo de la razón, siglo de las luces y siglo de la filosofía», con que le decoraban sus más entusiastas hijos. Sorprende, en verdad, encontrar en un escritor setecentista una exaltación tan fervorosa de lo primitivo y popular, de lo que en aquellos tiempos llamaban *bárbaro*, como fundamento perenne de la cultura. Asombra, en verdad, ver a todo un filólogo y preceptista de aquel siglo, elevar el concepto de la cultura por encima

de lo puramente aprendido, de lo puramente libresco, e ir a buscar su raíz profunda en el alma del pueblo. Admira, en verdad, que no conociendo ni las *Reliquias de la poesía antigua*, del inglés Percy, ni las *Voces de todos los pueblos*, del alemán Herder, obras de las que arrancan las corrientes de reivindicación de la literatura tradicional popular, características del movimiento romántico, pudiese nuestro escritor escribir esos conceptos tan valientes y tan nuevos, tan en pugna con las ideas y tendencias dominantes en su época, y que tan claramente anunciaban la todavía lejana entrada y triunfo en España de la revolución intelectual que se estaba fraguando en los círculos literarios de Alemania e Inglaterra. Extraña, en fin, ver cómo en pleno siglo XVIII, un escritor español, que de estas nuevas ideas que Europa había importado a su patria sólo conocía acaso lo que había leído en las obras de Juan Jacobo, y en algunas páginas de Diderot, pudiese extraer, con su sólo esfuerzo y con tan rigurosa consecuencia, unos corolarios sobre estética y preceptiva literaria tan integralmente románticos como los que en esta página maestra opone a la estética y a la preceptiva del neoclasicismo francés, entonces todopoderoso en los países cultos de Europa.

Pláceme acabar esta conferencia poniendo en todo su alto valor esta nota tan elocuente de la independencia del insigne escritor barcelonés. Él consiguió superarse a sí mismo y a su siglo allanando los caminos del inminente futuro. Él supo en aquel siglo, tan notable y digno de elogio por tantos conceptos, salvar el escollo más peligroso contra el que se estrellaron tantos y tan grandes talentos: el escollo de la pedantería, de ese pecado de los que se creen que nada se sabía antes de ellos y que nada se sabrá después más de lo que ellos saben, porque están persuadidos de que antes reinaban las tinieblas y que después no volverán a reinar mientras sus luces no sean apagadas por las generaciones venideras. Escollo de la pedantería, de ese pecado de los que creen ingenuamente que toda la sabiduría y toda la cultura humana está en los libros; pedantería que consiste en la crudición sin pensamiento y sin espíritu, que convierte el cerebro en un fichero más o menos bien ordenado y clasificado.

Antonio de Capmany, al superar en sus momentos de alta vida la estrecha mentalidad característica de su siglo, se mostró

digno heredero de los nobles humanistas de la antigüedad. Fué un humanista completo, porque en medio de su erudición supo ser humano, esto es, tener una vasta comprensión de todo el hombre. ¡Heredero de la más noble tradición greco-latina, hijo de su siglo, y padre y precursor del siglo venidero! ¿Queréis más títulos para que nuestro Capmany sea merecedor de la veneración de sus conciudadanos y de todos los españoles?

HE DICHO

MEMORIA DE LA COMISIÓN

El presente informe es el resultado de las actividades de la Comisión durante el período comprendido entre el día 1.º de enero de 1900 y el día 31 de diciembre de 1900. En este período se han realizado las siguientes obras:

1.º Se ha publicado el libro "Historia de la literatura catalana" de D. Eudici de Guàrdia y Soler, que forma parte de la colección de obras de la Biblioteca de la Diputación de Barcelona.

2.º Se ha publicado el libro "Historia de la literatura catalana" de D. Eudici de Guàrdia y Soler, que forma parte de la colección de obras de la Biblioteca de la Diputación de Barcelona.

3.º Se ha publicado el libro "Historia de la literatura catalana" de D. Eudici de Guàrdia y Soler, que forma parte de la colección de obras de la Biblioteca de la Diputación de Barcelona.

CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN BIBLIOGRÁFICA

Además de las obras expuestas en la citada Exposición, el señor Conde del Valle de Canet expuso algunos documentos referentes a su deudo don Antonio de Capmany y de Montpalau.

I. — OBRAS DE CAPMANY

- Filosofía de la elocuencia ...*
(Madrid, Sancha, 1777.) Un volumen. — BC.¹
- Memorias históricas sobre Marina, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona.* — Publicadas por la Real Junta y Consulado de Comercio de la misma ciudad ...
(Madrid, Sancha, 1779-1792.) Cinco volúmenes. — BC.
- Antiguos tratados de paces y alianzas entre algunos reyes de Aragón y diferentes príncipes infieles de Asia y Africa, desde el siglo XIII hasta el XV ...*
(Madrid, Imprenta Real, 1786.) Un volumen. — BC.
- Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia española ...*
(Madrid, Sancha, 1786-1788.) Cinco volúmenes. — BC.
- Ordenanzas de las armadas navales de la Corona de Aragón, aprobadas por el rey D. Pedro IV, año de MCCCCLIV ...*
(Madrid, Imprenta Real, 1787.) Un volumen. — BC.
- Código de las costumbres marítimas de Barcelona, hasta aquí vulgarmente llamado «Libro del Consulado».* — Nuevamente traducido al castellano, con el texto lemosín restituído a su original integridad y pureza; e ilustrado con varios apéndices, glosarios y observaciones históricas. Publicóse por disposición y a expensas de la Real Junta y Consulado de Comercio de la misma ciudad.
(Madrid, Sancha, 1791.) Un volumen. — BC.
- Filosofía de la elocuencia ...*
(Barcelona, Piferrer, s. a.) Un volumen. — BC.
- Nuevo diccionario francés español.*
(Madrid, Sancha, 1805.) Un volumen. — BPU.
- Quèstiones críticas sobre varios puntos de Historia Económica, Política y Militar.*
(Madrid, Imprenta Real, 1807.) Un volumen. — BC.
- Exposición preparatoria que hizo D. Antonio de Capmany, diputado en Cortes, en la sesión pública del 4 de setiembre de 1812 antes de abrirse*
1. Con las iniciales BC y BPU señalamos las procedencias de los libros expuestos, pertenecientes, respectivamente, a la *Biblioteca Central* y *Biblioteca Provincial Universitaria*.

- la discusión sobre la minuta de Decreto contra los que han servido al gobierno intruso.*
(Palma, Brusi, 1812.) Un pliego. — BC.
- Práctica y Estilo de celebrar cortes en el reino de Aragón, principado de Cataluña y reino de Valencia, y una noticia de las de Castilla y Navarra.* Recogido todo y or[denado] por ... Va añadido el reglamento para el Consejo representativo de Ginebra y los Reglamentos que se observan en la Cámara de los Comunes de Inglaterra.
(Madrid, Collado, 1821.) Un volumen. — BC.
- Nouveau Dictionnaire de poche Français-Espagnol.* Rédigé d'après les meilleurs lexicographes par Gattel, Capmany et Nuñez de Taboada.
(París, Seguim & Dufour, 1825.) Un volumen. — BC.
- Filosofía de la Elocuencia ...*
(Barcelona, Sierra y Martí, 1826.) Un volumen. — BC.
- Filosofía de la Elocuencia,* por D. ... Nueva edición conforme a la de Londres impresa en 1812. Adicionada y corregida con esmero por D. J. M. P. y C.
(Gerona, Oliva, 1826.) Un volumen. — BC.
- Arte de traducir el idioma francés al castellano.*
(Barcelona, Mayol, 1835.) Un volumen. — BPU.
- Filosofía de la Elocuencia,* por ... Nueva edición conforme a la de Londres impresa en 1812 y corregida con esmero por D. J. M. P. C.
(Gerona, Oliva, 1836.) Un volumen. — BC.
- Tesoro de los prosadores españoles desde la formación del romance castellano hasta fines del siglo XVIII; en el que se contiene lo más selecto del Teatro Histórico Crítico de la Elocuencia Española.* Recopilado y ordenado por D. Eugenio Ochoa.
(París, Baudry, 1841.) Un volumen. [Colección de los mejores Autores Españoles, vol. XXII.] — BC.
- Filosofía de la elocuencia.*
(Madrid, Sancha, 1842.) Un volumen. — BC.
- Teatro Histórico-Crítico de la Elocuencia Española ...*
(Barcelona, Gaspar, 1848.) 5 volúmenes. — BC.
- Museo Histórico que comprende los principales sucesos de España y el extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales países ...* Segunda edición ...
(Madrid, González, 1862.) 2 volúmenes. — BC.
- Historia del Monasterio del Caballero de Gracia de religiosas franciscanas descalzas, concepcionistas recoletas, fundado con el título de S. José de Jesús María.*
(Madrid, Aguado, 1863.) Folleto. — BC.
- Origen histórico y etimológico de las calles de Madrid.*
(Madrid, Quirós, 1863.) Un volumen. — BC.

II. — ESTUDIOS REFERENTES A LOS ESCRITOS DE CAPMANY

JUGLÁ Y FONT, Antonio.

Libro que contiene las primeras copias o borradores de los documentos sacados del Real y General Archivo de la Corona de Aragón.
(Barcelona, 1786.)

REAL JUNTA DE COMERCIO DE ESTE PRINCIPADO.

Copiador de Cartas. 1790-94.
(Barcelona, 1790-1794.) Contiene varias referentes a las *Memorias de Capmany*.

CORTES DE CÁDIZ.

Diario de las discusiones y actas de las Cortes.
(Cádiz, 1811; vol. I, págs. 2, 126, 129 y 131; vol. II, págs. 48-49, 85, 179 y 396.)

Discusión sobre el decreto sobre el Tribunal de la Inquisición.
(Cádiz, 1813.) Extracto del *Diario de las Cortes*, 8 diciembre 1812 - 22 febrero 1813, págs. 464-476.)

L. B.

Fallecimiento de D. Antonio de Capmany y Montpalau.
(Madrid, 1815.) Publicado en Londres el año 1814.

ARGÜELLES, Agustín de.

Examen histórico de la reforma constitucional que hicieron las Cortes generales extraordinarias desde que se instalaron en la isla de León, el 24 de setiembre de 1810 hasta que cerraron en Cádiz sus sesiones en 14 del propio mes de 1813.
(Londres, 1835; vol. I.)

ALCALÁ GALIANO, Antonio.

Historia de España con arreglo a la que escribió en inglés el Dr. Desuham, por ... Con una reseña de D. Juan Donoso Cortés y un discurso ... por Francisco Martínez de la Rosa.
(Madrid, 1845; vol. IV, pág. 34.)

PRÍNCIPE, Miguel Agustín.

Guerra de la Independencia. Narración histórica ... Obra pintoresca ... con más de mil grabados.
(Madrid, 1847; vol. III, págs. 118 y siguientes.)

AYGUALS DE IZCO, Wenceslao.

Panteón Universal. Diccionario histórico.
(Madrid, 1853; pág. 328.)

BALAGUER, Víctor.

Reseña de la función cívico-religiosa celebrada en Barcelona el 15 de julio de 1857, para la traslación de las cenizas de D. Antonio de Capmany y Montpalau, y su biografía.
(Barcelona, 1857.) Un volumen, con un retrato.

MUSEO UNIVERSAL, El.

Exequias de Capmany en Barcelona.
(Madrid, 1857.) Un grabado.

FORTEZA Y VALENTÍN, Guillermo.

Juicio crítico de las obras de Antonio de Capmany y de Montpalau.
(Barcelona, 1857.) Folleto.

WALLS Y BONET, Pablo.

Biografía de Don Antonio de Capmany y de Montpalau.
(Barcelona, 1857.)

CRÓNICA DE CATALUÑA (segunda época).

La Industria antigua en Cataluña.
(Barcelona, 1863; año II, págs. 244-255, 281-283, 284-295, 304-312, 335-337 y 345-348.)

BALAGUER, Víctor.

Las calles de Barcelona.
(Barcelona, 1865; págs. 173-178.)

UBACH Y VINYETA, Francesch.

Lo panteó dels catalans ilustres.
(*Lo Gay Saber*, any I-II, n.º XI, XVI y XXXV.)

RUBIÓ Y ORS, Joaquín.

Nuevos y curiosos datos sacados del Archivo de la Casa Lonja acerca de D. Antonio Capmany y de Montpalau y de sus obras tituladas Memorias históricas sobre la Marina, Industria, Comercio y Artes de la antigua ciudad de Barcelona y Libro del Consulado ...
(Barcelona, 1869; págs. 107-140.)

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA.

Reseña de la sesión pública extraordinaria celebrada por la ... con motivo de inaugurarse en el Salón de Ciento la Galería de Catalanes Ilustres con el retrato de D. Antonio de Capmany y de Montpalau.
(Barcelona, 1873.) Contiene los discursos de los señores C. Vidal y Valenciano, M. V. Amer y A. de Bofarull, leídos en dicha sesión.

CORNET Y MAS, Cayetano.

Guía de Barcelona.
(Barcelona, 1876; págs. 262-266.)

- BCFARULL Y BROCA, Antonio de.
Historia crítica (Civil y Eclesiástica) de Cataluña.
(Barcelona, 1877; vol. IX, págs. 394-396.)
- COROLEU, José, & PELLA Y FORGAS, José.
Los Fueros de Cataluña.
(Barcelona, 1878; págs. 703-709.)
- ELÍAS DE MOLINS, Antonio.
Diccionario Biográfico y Bibliográfico de Escritores y artistas catalanes del siglo XIX.
(Barcelona, 1889; vol. I, págs. 386-401.)
- RUBIÓ Y LLUCH, Antonio.
Sumario de la Historia de la Literatura Española.
(Barcelona, 1901.)
- ELÍAS DE MOLINS, Antonio.
Discursos leídos en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, en la recepción pública del día 8 de febrero de 1903.
(Barcelona, 1903; pág. 24.)
- CATALANES ILUSTRES.
Su tiempo, su vida y sus hechos...
(Barcelona, 1905; págs. 4-5.)
- ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BARCELONA.
Catalanes ilustres.
(Barcelona, 1907; IV, págs. 19-20.)
- DESDEVISSÉS DU DEZERT, G.
La Junte Supérieure de Catalogne.
(*Revue Hispanique*, XXII, págs. 1-426; Paris, mars, 1910.)
- COMENGE, Rafael.
Antología de las Cortes de Cádiz.
(Madrid, 1910; vol. II, pág. 712.)
- RAHOLA Y TREMOLS, Federico.
Los diputados por Cataluña en las Cortes de Cádiz.
(Barcelona, 1912.) Vol. IV de las Memorias de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.
- BELDA, José, y LABRA, Rafael M.^a
Las Cortes de Cádiz en el Oratorio de San Felipe.
(Madrid, 1912.)
- MOLINÉ Y BRASÉS, Ernest.
Les costums marítimes de Barcelona, conegudes pel llibre del Consolat de Mar.
(Barcelona, 1914; págs. XXII-XXIII y LXXXIV-LXXXVI.)

RUIZ PABLO, Àngel.

Historia de la Real Junta Particular de Comercio de Barcelona
(1758 a 1847).
(Barcelona, 1919; págs. 196, 235-249 y 258.)

AMADE, Jean.

Bibliographie critique pour l'étude des origines et des premières manifestations de la renaissance littéraire en Catalogne au XX^e siècle.
(Toulouse-París, 1924; pág. 44.)

Origines et premières manifestations de la renaissance littéraire en Catalogne au XIX siècle.
(París, 1924; pág. 286.)

VILAR, Pierre.

L'obra de Capmany, model de mètode històric.
(Barcelona, 1933.) Publicado en el *Bulletí del Centre Excursionista de Catalunya*, vol. XLIII, págs. 146-154. Traducción de Cristóbal Cardús.

VICENS Y VIVES, Jaume.

Ferran II i la ciutat de Barcelona. 1479-1516.
(Barcelona, 1936; págs. 34-36.)

MADURELL MARIMÓN, J. M.

Les ordinacions de l'ofici de mestre de cases de Barcelona.
(Barcelona, 1937.) Publicado en el *Bulletí del Centre Excursionista de Catalunya*, vol. XLVII, págs. 231-238.

ROCA Y FARRERAS, José Narciso.

Galería de Catalanes Ilustres. Publicada por D. Antonio Esplugas.
(Barcelona, s. a.; págs. 1-4.) Breves apuntes biográficos.

El presente *Homenaje a Capmany*, publicado
por la Biblioteca Central de la Diputación
de Barcelona, fué impreso en los talle-
res gráficos de la Casa Provincial
de Caridad, y terminado el día
27 de abril de 1945, festivi-
dad de Nuestra Señora
de Montserrat.
Laus Deo.



El presente Anuario de la Biblioteca de la Diputación de Barcelona, que se publica en forma de libro, es el resultado de un trabajo que se ha desarrollado durante el curso 1974-1975. Este trabajo ha sido posible gracias a la colaboración de los señores D. J. Gual y D. J. Gual, que han colaborado en la redacción y edición de este Anuario. El Anuario de la Biblioteca de la Diputación de Barcelona, que se publica en forma de libro, es el resultado de un trabajo que se ha desarrollado durante el curso 1974-1975. Este trabajo ha sido posible gracias a la colaboración de los señores D. J. Gual y D. J. Gual, que han colaborado en la redacción y edición de este Anuario.

CATÁLOGOS DE LAS EXPOSICIONES CELEBRADAS .

por la

BIBLIOTECA CENTRAL

de la

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE BARCELONA

y de sus Colecciones publicados desde 1940

- I. — Catálogo de la colección de libros de ajedrez, formada por D. José Paluzie y Lucena y regalada por la familia de éste a esta Biblioteca Central (1943).
- II. — Catálogo de la Exposición de Libros Cervantinos, correspondientes a los siglos XVII y XVIII (1940).
- III. — Catálogo de la Exposición Bibliográfica con motivo del IV Centenario de la muerte de Luis Vives (1940).
- IV. — Catálogo de la Exposición de la Bibliografía Hispano-Italiana de los siglos XVI-XVIII. Colección formada por don Eduardo Toda y Güell (1942).
- V. — «La Música Española desde la Edad Media hasta nuestros días». Catálogo de la Exposición Histórica celebrada en conmemoración del I Centenario del nacimiento del maestro Felipe Pedrell (1941).
- VI. — Catálogo de la Colección Cervantina de la Biblioteca Central, por don Juan Givanel y Mas. Tomo I (1940).
- VII. — Catálogo de la Colección Cervantina de la Biblioteca Central, por don Juan Givanel y Mas. Tomo II (1943).
- VIII. — Homenaje a Rodríguez Marín y Catálogo de la Exposición Bibliográfica, por don Juan Givanel y Mas (1943).
- IX. — Catálogo de la Exposición de Iconografía Cervantina (1944).
- X. — Homenaje a Boscán y Catálogo de la Exposición Bibliográfica (1944).
- XI. — Homenaje a Capmany y Catálogo de la Exposición Bibliográfica (1945).

-
- Anuario de la Biblioteca Central y de las Populares y Especiales de la Exce-
lentísima Diputación Provincial de Barcelona, de los años 1939-40 (1940).
- Anuario de la Biblioteca Central y de las Populares y Especiales de la Exce-
lentísima Diputación Provincial de Barcelona del año 1941 (1942).
- Anuario de la Biblioteca Central y de las Populares y Especiales de la Exce-
lentísima Diputación Provincial de Barcelona del año 1942 (1943).
- Anuario de la Biblioteca Central y de las Populares y Especiales de la Exce-
lentísima Diputación Provincial de Barcelona del año 1943 (1944).
- Anuario de la Biblioteca Central y de las Populares y Especiales de la Exce-
lentísima Diputación Provincial de Barcelona del año 1944 (1945). (En prensa.)

FU-7-30



Casa Provincial de Caridad
Imprenta - Escuela